

TANIA PLEITEZ VELA

Trastocar la herida, gestionar el sufrimiento: Rebeldía en la poesía de autoras lesbianas salvadoreñas

ENGLISH TITLE: Disrupting the wound, managing the suffering: Rebelliousness in the poetry of Salvadoran lesbian authors.

ABSTRACT: For much of the twentieth century, the field of gender dissidence remained invisible in Salvadoran literary criticism. The opening up of this field of study began at the beginning of this century. However, there is still little critical and theoretical space dedicated specifically to the lesbian discursive self-construction reflected in Salvadoran literature. Starting with the death of the composer, violinist and poet Ingrid Bolaños, the author of the article exposes the oppressive mechanisms of the ‘heteronation’ (Curiel) in El Salvador, so as to approach the poetry of Silvia Matus (1950), Kenny Rodríguez (1969) and Marielos Olivo (1977). Thus, the poem is understood as a scenario in which the wound is managed in social and political terms, becoming a transmitter of creative, individual and collective resistance.

KEYWORDS: Poetry; Lesbian subjectivities; El Salvador

1. DE LA EXPERIENCIA A LA BÚSQUEDA

Aún con el riesgo de transgredir la convención que valora la “objetividad” del artículo académico, no puedo iniciar este texto sin referirme a la razón que me interpela a escribirlo. Unos meses antes de morir, desde San Salvador, la violinista, flautista y compositora salvadoreña, Ingrid Bolaños (1964-2020),¹ me envió por correo electrónico su poesía inédita, arte que

¹ Ingrid Bolaños estudió violín en el Conservatorio Peter Kornelius, de Maguncia, Alemania. Sus estudios superiores los realizó en The Royal Conservatory of Music, en Toronto, Canadá, obteniendo licenciaturas en violín y en flauta dulce. Sus maestros fueron Frank Radcliffe (violín) y Scott Paterson (flauta dulce). Durante sus estudios superiores, formó un dúo con el cimbalista canadiense-ucraniano Borys Medicky. Fue becaria de la Pauline Sawyer Scholarship for Early Music Performance, en 1993, en dicho conservatorio canadiense, y del Austin Chamber Music Festival, en 2000 y 2001, en la ciudad de Austin, Texas. Fue violinista de la Orquesta Sinfónica de El Salvador en dos periodos: entre 1986 y 1992 y de 2010 hasta su muerte. Durante su trayectoria

tenía la intención de explorar —bajo el seudónimo Tessa Bartók— junto al de la música. Aunque teníamos poco tiempo de conocernos, también me relató las violencias simbólicas, literales y verbales, que a lo largo de su vida había conocido por su condición de mujer lesbiana en una sociedad extremadamente conservadora, patriarcal y lesbofóbica. Asimismo, me relató cómo había aprendido a resistir mediante una postura existencial que reivindicaba tanto su derecho a la rabia como al goce y el placer. Aunque no pertenecía a ningún colectivo ni se declaraba feminista, su actitud recordaba al ya emblemático lema transfeminista “defender la alegría, organizar la rabia”. Por esa época, no faltaba quien dijera que Ingrid era una “mujer difícil”.

Sus padres ya habían muerto y, a sus 55 años, había perdido su casa y su red familiar. Su sueldo como integrante de la Orquesta Sinfónica de El Salvador no era suficiente para solucionar su precaria situación económica, así que alquilaba habitaciones durante breves periodos y solía moverse de un lugar a otro. En 2019, cuando ya padecía una grave enfermedad, Ingrid vivía con una señora que profesaba su religión con gran fervor, pero no le permitía utilizar la cocina ni guardar alimentos. Además, la casera solía acercarse a la puerta de la habitación de Ingrid y le soltaba una retahíla de palabras y rezos. Esa intensa sucesión verbal tenía la intención de espantar “al demonio”, que al parecer la señora creía encarnado en Ingrid. En marzo de 2020, después de una operación quirúrgica relativa a su enfermedad, Ingrid pasó varias semanas de convalecencia en el hospital; se vivían los inicios de la pandemia de Covid-19 en un país con uno de los confinamientos más estrictos. En abril, al volver a su habitación, la casera le negó a Ingrid cualquier tipo de cuidado y alimento y mantuvo su postura prejuiciosa. La estricta cuarentena también le impidió recibir cuidados periódicos de sus amigos más cercanos y, cuando quiso hacer el cambio de habitación, ya era demasiado tarde. Su salud estaba bastante deteriorada; su cuerpo, deshidratado y desnutrido. Fue ingresada nuevamente en el hospital y murió el 16 de mayo de 2020.

Conocer de primera mano la historia de Ingrid, quien durante meses había lanzado un grito de auxilio para resolver su problema de vivienda, me hizo sentir-pensar sobre la gestión socio-política del sufrimiento (MADRID PÉREZ 2018): ¿Por qué ciertas vidas están más propensas al dolor, al desastre,

se presentó en El Salvador, Guatemala, Canadá y los Estados Unidos.

mientras otras, en cambio, están más protegidas? ¿Cuáles son los mecanismos que mantienen y posibilitan un mandato del sufrimiento? ¿En qué medida ese mandato responde a estructuras hegemónicas y lógicas de desigualdad y/o discriminación? ¿Cómo gestionar el sufrimiento humano en términos sociales y políticos? Por “gestionar”, Madrid Pérez entiende “la *operación* consistente en dar respuesta al interrogante que nos plantea el sufrimiento humano: ¿qué hay que hacer con el sufrimiento? Esta es la cuestión central” (57; la cursiva es mía).²

Si bien Ingrid tenía un cáncer avanzado, también creo que esos días posoperatorios pudieran haber sido otros, días no deshumanizados, días de acompañamiento y cuidado, para contrarrestar la vulneración causada por los mecanismos de una estructura opresiva, clasista y lesbofóbica. ¿Hasta qué punto esa negación de cuidado estuvo condicionada por el hecho de que Ingrid nunca ocultó que era lesbiana y se encontraba en situación de precariedad? Precisamente, su forma de apropiarse del mundo transparentaba lo que ella no se avergonzó en afirmar: “soy lesbiana, necesito ayuda y vivienda”. Me atrevo a enunciar que la discriminación e indiferencia que ella recibió deriva de una lesbofobia cotidiana enquistada en el tejido social porque en El Salvador “el binarismo sexual heteronormativo es el guion que marca la vida en la sociedad” (GÓMEZ ARÉVALO 2017a: 1376). Según una encuesta de 2013 del Pew Research Center, un 62% de la población salvadoreña no acepta la homosexualidad; en otra encuesta, del mismo año, realizada por la Asociación Comunicando y Capacitando a Mujeres Trans con VIH en El Salvador, se señala que el 85% de la población está de acuerdo con que una persona trans sea agredida por otras personas (GÓMEZ ARÉVALO 2017a: 1379). Nueve años después, estos índices de violencia hacia la comunidad LGBTI no han disminuido, razón por la que existe un sexilio cada vez más numeroso, tema que explora la narradora Claudia Hernández en su novela *El verbo J* (2018).³ La vida de este colectivo, en general, ha sido y

² Más adelante, agrega: “Para quien sufre, la pregunta no tiene espera. El cuerpo, la mente..., es decir, la persona, busca una respuesta en forma de alivio, o de comprensión, o de cuidado, o de ayuda, o de explicación, o de sentido, o de escapatoria... Para quienes no lo viven en su cuerpo directamente pero lo observan, o se sienten interpelados, o son reclamados en búsqueda de ayuda por quienes sufren, o se compadecen del ser sufriente... la pregunta sobre qué hacer con el sufrimiento ajeno (que también puede convertirse en sufrimiento propio) se vuelve incisiva” (MADRID PÉREZ 2018: 57).

³ En 2020, Arthur Britney Joestar se convirtió en la primera persona refugiada no binaria del mundo, tras haber enfrentado ataques debido a su expresión de género en El Salvador (MENJÍVAR, GUZMÁN, CUELLAR 2021).

sigue siendo vulnerada por lógicas derivadas de una ‘nación heterosexual’ (CURIEL 2013).⁴

Mientras afrontaba el duelo por la partida de Ingrid y releía su poema “Elegía” dedicado a la masacre del río Sumpul,⁵ comencé a preguntarme por la poesía de autoras lesbianas salvadoreñas, con el fin de esbozar una genealogía. Había sido interpelada a indagar en la configuración del poema como un escenario en el que gestionar el sufrimiento y transformarlo en rebeldía. La pregunta que articulaba mi búsqueda era: ¿cuáles han sido las estrategias textuales de autoras lesbianas salvadoreñas para trastocar la herida y transmitir resistencias creativas, sean individuales o colectivas?⁶

En una primera búsqueda del corpus a trabajar pude comprobar que, en general, las autoras lesbianas salvadoreñas no gozan de visibilidad, de ahí que sea muy difícil trazar una genealogía de escrituras lésbicas dentro de los estudios literarios sobre disidencias sexo-genéricas. De hecho, los ejemplos que invariablemente se mencionan en este campo son las escrituras de Ricardo Lindo (1947-2016), René Chacón (1965-), Mauricio Orellana Suárez (1965-), Carlos Soriano (1970-2011), Alberto López Serrano (1983-), Luis Carlos Barrera (n.d.) o Alejandro Córdova (1993-).⁷ La crítica reciente dedicada al tema se ha concentrado en analizar algunas de las obras de estos autores

⁴ Más adelante explicaré el concepto de la ‘nación heterosexual’ o ‘heteronación’ de Curiel.

⁵ En 2019, durante el taller de éfrasis auspiciado por la Editorial Kalina y el Museo de Arte de El Salvador (MARTE), Ingrid escribió “Elegía” a partir de la obra pictórica *Sumpul* (1984) de Carlos Cañas. El poema plasma la voz de una víctima que desde el otro lado clama por recordar la masacre del río Sumpul, la cual tuvo lugar el 14 de mayo de 1980: fueron asesinadas entre 300 y 600 personas por los ejércitos de El Salvador y Honduras. En “Elegía” se utiliza una serie de alegorías, metáforas y analogías para transmitir el horror, la aniquilación; el lenguaje es visceral y al mismo tiempo pleno de texturas, capas, imágenes. Así, escuchamos a los “niños y sus diálogos mutilados”, al río, a los animales, que atestiguan la dislocación y transformación del paisaje. Los elementos de la tierra se funden con cabezas, manos, susurros. Hay conmoción, pero la voz poética insiste en relatar. En definitiva, una elegía contra el olvido, un excavar con la palabra para que esas voces de muerte sigan rabiosamente vivas. El poema puede escucharse aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=6QyVkpXWHMw>

⁶ La pregunta surgió cuando volví al poema que Ingrid dejó como testamento, “Hoy supe que voy a morir”. En el primer aniversario de su muerte fue publicado en forma de video-poema por la revista feminista *Alharaca*. Véase en <https://www.alharaca.sv/especiales/hoy-supe-que-voy-a-morir/>

⁷ Ricardo Lindo es autor de *Injurias* (2004) y *Bello amigo, atardece* (2010); René Chacón, de *La fiera de un ángel* (2005); Mauricio Orellana Suárez, de *Ciudad de Alado* (2009) y *Heterocity* (2011) (por esta última recibió el Premio Centroamericano de Novela Mario Monteforte Toledo); Carlos Soriano, de *Ángeles caídos* (2005), la primera novela sobre disidencia sexual en El Salvador; Alberto López Serrano, de *Y qué imposible no llamarte ingle* (2009) y *Cantos para mis muchachos* (2014); Luis Carlos Barrera, de *Entre él y yo* (2013); y Alejandro Córdova, de *Repertorio de heridas* (2013).

representativos de la disidencia sexual, u obras de escritores canónicos heterosexuales que en el pasado representaron masculinidades diversas, ambiguas o hegemónicas en sus literaturas.⁸ Más aún, en un portal popular como *Wikipedia*, en la entrada titulada “Diversidad sexual en El Salvador”, en su apartado dedicado a expresiones culturales y artísticas, no se menciona ni una autora lesbiana. Este hecho sorprende aún más si consideramos que en 1992 —el año de la firma de los Acuerdos de Paz que pusieron fin a una guerra civil de más de doce años— las feministas lesbianas fueron de las primeras en organizarse, incluso antes de otros movimientos LGTBI, a través de la *Colectiva Lésbica Feminista Salvadoreña de la Media Luna*, en la que participó la poeta y socióloga Silvia Matus.⁹ Hasta ahora solo he podido identificar un texto que hace referencia a estas autoras: “*La voz del otro: aproximación al discurso homoerótico en la poesía salvadoreña*” (s.a.), de Luis Borja, que realiza un breve acercamiento al tema e incluye una pequeña muestra de poemas de Silvia Matus (1950-), Kenny Rodríguez (1969-) y Marielos Olivo (1977-).¹⁰

Lo anterior no sucede solo en El Salvador. En general, aún es escaso el espacio dedicado a autoras lesbianas de la región centroamericana. Como afirman Quesada y Chacón, a menudo “la visión de lo lésbico” ha estado “mediatizada por una voz masculina” en los textos literarios (2009: 2). Sin embargo, no hay que olvidar que el primer poemario de temática lesboerótica, al menos en Costa Rica, se remonta a 1987 con *Hasta me da miedo decirlo* de Nidia Barbosa (1954-); su fecha de publicación nos indica la importancia

⁸ Véase, por ejemplo, Lara Martínez (2012, 2017) y Gómez Arévalo (2015, 2018).

⁹ Esta colectiva articuló una red conformada principalmente por excombatientes guerrilleras y existió entre 1992 y 1998. Funcionó como grupo de apoyo y de trabajo político, así como de gestora cultural lesbofeminista. Surgió como respuesta a la exclusión de lesbianas tanto del movimiento de mujeres, como de los proyectos políticos de sus excompañeros de lucha. La Media Luna organizó peñas culturales y talleres y desempeñó un papel activo dentro de varios congresos feministas a nivel regional y nacional. Publicó dos números de su boletín *Luna de Miel*, entre 1994 y 1995. Para más información sobre la Media Luna, véase Arévalo y Chávez Courtright (2019). En cuanto a la historia de los movimientos lesbofeministas en El Salvador, se recomienda Matus (2007, 2011), Matos y Oliva (2008) Palevi (2017), Gómez Arévalo (2017b), Chávez Courtright (2021).

¹⁰ Gómez Arévalo analiza 35 trabajos de grado y cuatro tesis de posgrado a nivel de maestría producidas en diversas universidades salvadoreñas, entre 1988 y 2015, las únicas, hasta ese momento, sobre temáticas de diversidad sexual. Las áreas disciplinarias en las que se presentaron son las siguientes: psicología, ciencias jurídicas, comunicación social, educación, antropología sociocultural, trabajo social, medicina y salud materno-infantil. A nivel de maestría, en Derechos humanos y educación para la paz y en Servicios integrales de salud sexual y reproducción (2017: 1378). Como vemos, ninguno de los trabajos se aproxima al tema desde la literatura y/o los estudios culturales.

de establecer una genealogía autorial, no solo en El Salvador, sino también en la región centroamericana. Necesitamos poner en marcha una relectura aguda que nos posibilite rastrearla. Resulta especialmente significativo que la costarricense Carmen Naranjo (1928-2012), una de las más reconocidas escritoras de la región, con más de una docena de libros publicados, haya plasmado el amor lésbico en el año 2000, en su última novela, *Más allá del Parismina*, aspecto que no había aparecido en ninguna de sus obras anteriores; es hasta entonces que deja “un testimonio literario de su propia condición lesbiana” (Chacón, 2016: 139). Por lo tanto, para “emprender una relectura crítica de la autoridad e institucionalidad que intenta disciplinar los cuerpos, al tiempo que se articulan resistencias creativas, es indispensable el estudio de estas escrituras y las subjetividades que en ellas aparecen” (ALBIZÚREZ GIL y PLEITEZ VELA 2021: 23). Este campo ha ido abriéndose camino en los estudios literarios y culturales centroamericanistas, sobre todo en la última década,¹¹ no obstante, todavía hay mucho que rastrear, documentar, estudiar, para trascender la tachadura.

Ante la falta de textos críticos y teóricos en torno a la autoconstrucción discursiva de autoras lesbianas salvadoreñas, este artículo representa únicamente una modesta aproximación, todavía incompleta.¹² También debo señalar que se basa en un trabajo colaborativo: realicé entrevistas personalizadas a las tres autoras que menciona Borja: Silvia Matus, Kenny Rodríguez y Marielos Olivo; y he tomado en consideración las ricas discusiones con mis estudiantes en el seminario “Escrituras descentradas centroamericanas”.¹³ Más que referirme al aparatage teórico en torno a literatu-

¹¹ Entre las personas que han estudiado las literaturas y culturas centroamericanas desde el ámbito de las disidencias sexo-genéricas se encuentran: Rafael Lara Martínez, Amaral Arévalo (quien también firma como Amaral Palevi Gómez Arévalo o Amaral Palevi), Nicola Chávez Courtright, Uriel Quesada, Ronald Campos, Sergio Coto-Rivel, Albino Chacón, entre otras. Para conocer algunos de sus trabajos, véase la bibliografía de este artículo.

¹² En 2019 apareció *DiscrimiNaciones*, editado por Mauricio Orellana Suárez, libro que reúne textos sobre experiencias de disidencias sexo-genéricas. Mientras escribía este artículo, se anunció la próxima publicación de dos volúmenes que incluyen textos académicos y creativos: *Memorias e identidades: Alteridades sexuales centroamericanas en el Bicentenario*, editado por Amaral Arévalo, David Rocha, Juan Ríos y Luis Herra. Asimismo, Amaral Arévalo está por publicar su libro *Dialogando con el silencio: disidencias sexuales y de género en la historia salvadoreña 1765-2020* con la Editorial Universitaria de El Salvador. Sin duda, estos aportes serán de gran relevancia para futuros estudios sobre el tema.

¹³ Impartí este seminario en el otoño de 2021, en el marco del Doctorado en Estudios Críticos de Género: Intersecciones, feminismos y poscolonialidad, Universidad Iberoamericana (Ciudad de México).

ras lésbicas producido en otras latitudes y coordenadas geográficas, al ser este mi primer acercamiento —que deseo ampliar en futuros artículos— he preferido emprender el camino desde poéticas situadas, es decir, ubicadas en el engranaje salvadoreño y en torno a disidencias atravesadas por el flujo histórico-político de dicho engranaje. Por lo tanto, desde una lectura política, expondré ciertas ideas relativas a cómo hacer posible la vida ante el funcionamiento de mecanismos que vulneran a las personas, en diálogo con lo que Ochy Curiel ha llamado ‘heteronación’ (2013). Después, estableceré una correlación de estas ideas con el caso de El Salvador y, finalmente, brindaré ejemplos de poéticas lésbicas, estableciendo al poema como un escenario en el que se gestiona la herida en términos sociales y políticos.

2. NOMBRAR LA FUENTE DE LA HERIDA

Madrid Pérez (2018) problematiza el término “vulnerabilidad”, al tiempo que propone un acercamiento a la palabra “vulneración”. Así, disputa el seguir hablando de “vulnerabilidad” o “persona o colectivo vulnerable”, ya que al hacerlo se naturaliza “la *desigual vulnerabilización* de las personas, al tiempo que ocultan el diseño y el funcionamiento de las estructuras lógicas de explotación” (56; las cursivas son mías). A partir de esa premisa, Madrid Pérez cuestiona la manera en que se ha utilizado “vulnerabilidad” desde los años noventa, cuando el término comienza a aparecer en informes del Banco Mundial y otros organismos estatales e internacionales, o en trabajos académicos. Su crítica va dirigida a la pretensión de *asepsia socio-política* a la que alude dicho término, es decir, a la esterilización de la realidad. Cuando decimos “vulnerable”, se despliega una realidad neutra que rehúye conceptos más definidos y contundentes al momento de explicar y denunciar contextos productores de injusticia y desigualdad. De esta manera, “vulnerabilidad” y “vulnerable” —que implican la *probabilidad* de ser dañado a partir de circunstancias que existen previamente y que pueden mantenerse— refieren a aspectos ambiguos, imprecisos, porque evitan el uso de términos menos neutros como empobrecido, indigente, maltratado, explotado, estigmatizado...; y también porque no identifican a los agentes, ni nombran los mecanismos que vulneran, *hieren*, ocasionan sufrimiento social, es decir, no se “interpela acerca de las responsabilidades respecto a estos mecanismos” (65).¹⁴

¹⁴ Madrid Pérez explica que, aunque ‘vulnerar’ y ‘vulnerabilidad’ tienen la misma raíz eti-

Sin nombrar aquello que vulnera, no se puede establecer cabalmente el acceso a las medidas de protección y reparación. Asimismo, se abandona el análisis de las causas por las que ciertos colectivos y personas ven aumentada su vulnerabilidad.¹⁵ No obstante, al hacer este giro desde la perspectiva de lo vulnerado (y no lo vulnerable), es posible atribuir responsabilidades acerca del daño, potencial o real, que sufren o pueden sufrir determinadas personas. De ahí la importancia de focalizar la atención en las *fuentes de vulneración*, en las causas que provocan ese daño, así como en los sistemas de prevención y protección, los cuales deben repensarse, rearticularse, para encarar el sufrimiento, individual y colectivo.

Estas ideas sobre la gestión socio-política del sufrimiento humano —que apuntan a la necesidad de identificar a los agentes, sean estatales o privados, que enquistan mecanismos generadores de desprotección y desigualdad, es decir, que *vulnerabilizan* a las personas— me llevan al feminismo, específicamente al libro de Ochy Curiel, *La nación heterosexual* (2013). Los imaginarios y discursos que se engendran en lo que la antropóloga dominicana llama ‘heteronación’, también son fuente de vulneración en la medida que excluyen, estigmatizan, violentan, imponiendo, a su vez, la heterosexualidad como institución obligatoria (RICH 1980) y como régimen político (WITTIG 1982, 1992).¹⁶ Partiendo de estas propuestas, Curiel retoma la idea de que no estamos hablando de una práctica sexual dentro de una

mológica —*vulnus*, o sea, herida—, ambos términos cumplen funciones diversas. ‘Vulnerar’ significa herir, mientras que ‘vulnerabilidad’ se refiere a la idea de poder ser herido. En general, las personas compartimos características biológicas que nos hacen vulnerables: todas podemos ser dañadas. Es por eso que culturalmente nos otorgamos medios de protección, pero de igual manera *creamos contextos y mecanismos* que aumentan la vulnerabilidad. De ahí que Butler (2007, 2010) haya hecho la distinción entre ‘precarity’ (la vulnerabilidad impuesta desde estructuras o contextos concretos que dañan a las personas) y ‘precariousness’ (la vulnerabilidad compartida, en tanto humanos, aspecto que incluye a los privilegiados). “La ‘precariousness’ es compartida. La ‘precarity’ es distribuida de forma desigual” (MADRID PÉREZ 2018: 58-59).

¹⁵ “Se evita decir: los grupos sociales son vulnerables porque el sistema en el que viven los ha vulnerado y al vulnerarlos los hace vulnerables ante el propio sistema y ante las calamidades naturales que puedan sufrir. De esta manera, ante hechos sociales como la explotación laboral, o el maltrato, o la falta de vivienda o de acceso a recursos educativos..., el término ‘vulnerabilidad’ no ayuda a saber por qué se ha dado este hecho, sino que crea una etiqueta social y administrativa: persona o colectivo vulnerable. Y de esta forma se esconden los mecanismos que vulneran a las personas” (MADRID PÉREZ 2018: 66).

¹⁶ En este punto, merece la pena mencionar la publicación del número especial de la revista *Feminism & Psychology* dedicado especialmente a situar la heterosexualidad como categoría de análisis y cuestionarla políticamente, como propusieron Rich y Wittig; bajo el título “Theorizing Heterosexuality”, y coordinado por Celia Kitzinger, Sue Wilkinson y Rachel Perkins, fue publicado en octubre de 1992.

diversidad, sino

de la diferencia sexual que crea dos clases de sexos (hombres y mujeres), los primeros se apropian de la fuerza de trabajo material, emocional, sexual y simbólico de las segundas. Para Wittig, vivir en sociedades modernas, vía un supuesto contrato social, es vivir en la heterosexualidad, por tanto, la nación, producto de esa modernidad, ha sido también imaginada desde esta lógica. Todo ello es legitimado y promovido por distintos mecanismos como la familia, la ciencia, las leyes, los discursos. (2013: 29)

Por su parte, Rich (1980) insistió en que la heterosexualidad tiene que ser analizada como institución política, al igual que la maternidad, la explotación económica y la familia nuclear. Así, en su clásico ensayo “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana” (1980) propuso categorías como “la ideología del romance heterosexual”, que ilustraban la imposición institucionalizada de la heterosexualidad para asegurar el acceso de los hombres a las mujeres, desde un orden que incluye lo económico, físico y emocional.

A partir de estas dos pensadoras, entre otras y otros, Curiel intenta demostrar “cómo el pensamiento *straight* está conectado con el campo político [...] lo cual se sintetiza en lo que propongo llamar *Heteronación*” (2013: 56). Así, estudia el régimen político de la heterosexualidad, específicamente en el proyecto de nación colombiano,¹⁷ aquel que define y produce sujetos y grupos sociales en relación con sus *otros*, los cuales han sido excluidos y silenciados. Ahondar en dichas relaciones resulta fundamental para entender la pervivencia de órdenes jerárquicos. Desde el análisis crítico del discurso, indaga en el texto de la Constitución Política a partir de términos-pivote, por ejemplo, nación, mujer, hombre, matrimonio, familia, etc.¹⁸ Curiel incorpora elementos clave relativos a la construcción cultural de la sexualidad y el género, al tiempo que propone la *antropología de la dominación* para estudiar etnográficamente cómo se crea a ‘los otros’ desde

¹⁷ Colombia y El Salvador han sido marcados por historias de violencia sostenida hasta el presente, así como por guerras, procesos de paz, reformas constitucionales a principios de los años noventa, etc. Por lo tanto, considero que la comparación resulta pertinente.

¹⁸ En realidad, lo hace a partir de tres ejes: a) la perspectiva histórica y el estudio de aparatos ideológico-políticos en los que se sitúan los discursos fomentados por la nueva carta magna; conceptos como constitución, pueblo, soberanía y nación, como continuidades de la Constitución de 1886; b) la revisión de la coyuntura histórica específica en la que surgen las iniciativas ciudadanas que conducen a la Asamblea Nacional Constituyente; y c) la selección y análisis discursivo de términos-pivote, como nación, mujer, hombre, matrimonio, familia, etc.

los espacios del poder, en una práctica constante de exclusión, subordinación y opresión que afecta a quienes así son definidos. Sostiene que no es la diferencia la que genera la exclusión y la dominación, sino que es la dominación la que crea la diferencia.

El régimen político de la heterosexualidad afecta en gran medida a las mujeres y las lesbianas, quienes ocupan el lugar de las “otras” en los imaginarios y discursos de la nación. La cartografía social, sexual y política de estos está diseñada justamente en las cartas magnas. En su propuesta, Curiel trasciende los límites disciplinarios y dialoga con el marxismo, la teoría gramsciana, el posestructuralismo, pero, ante todo, con la decolonialidad y el feminismo lésbico (Alzandúa, el *black feminism*). De esta manera, la dominicana examina la construcción conflictiva de significados y desvela el régimen heterosexual que aparece constantemente como *doxa*, es decir, como algo naturalizado e inherente a cualquier actividad humana —en el sentido de Pierre Bourdieu (1992)—; la prueba es que dicho régimen no fue puesto en cuestión incluso por quienes buscaban la transformación social y de las relaciones de género, como las feministas entrevistadas para su investigación. En definitiva, Curiel evidencia las omisiones y los olvidos; ilumina las agendas y agentes que los pactos patriarcales pasaron por alto, o sea, a mujeres, lesbianas y homosexuales; y revela el poderoso orden heterosexual que de forma incuestionada permaneció intacto en el celebrado giro del proyecto de nación aprobado por la Constitución de 1991. Así, deja al descubierto la pervivencia de la familia nuclear, el matrimonio heterosexual y la cosificación de la diferencia sexual como engranajes políticos e institucionales de la sociedad y nación colombianas.

3. LA ‘HETERONACIÓN’ SALVADOREÑA

Las nociones expuestas arriba —vulnerabilización, heteronación— entran en diálogo con la situación de El Salvador, país marcado por violencias y opresiones a varios niveles. Primero que todo, debemos considerar que se trata de un país que ha pasado de tener dictaduras militares durante gran parte del siglo XX; a sufrir una guerra civil de más de doce años —desde finales de los años 70 hasta 1992¹⁹—; a comenzar un periodo de posguerra

¹⁹ Durante la guerra, se enfrentaron dos bandos: por un lado, el gobierno de ese momento, el ejército y la oligarquía económica; y por el otro, cinco organizaciones guerrilleras, que operaban bajo el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Los Acuerdos de Paz de Chapultepec, firmados el 16 de enero de 1992, representaron la posibilidad de despolarizar a una

acentuado por la aparición de las llamadas *maras* y la presencia de una violencia cotidiana cada vez más escalonada; hasta llegar al momento presente, en el que las mal llamadas “caravanas migrantes”²⁰, que huyen de la pobreza, la discriminación y la fragilidad de la vida, son noticia recurrente en los medios de comunicación masivos sin que se señalen con el debido rigor las causas estructurales que han provocado los flujos migratorios centroamericanos.

A casi treinta años del fin de la guerra, el actual gobierno de Nayib Bukele despliega prácticas autoritarias y discursos populistas²¹, al tiempo que, bajo el ya conocido lema de la “modernización”, pretende iniciar en 2022 la construcción de la primera *Bitcoin City* del mundo para atraer inversionistas. Ha dicho, además, que se explotará la energía derivada del volcán Conchagua para llevar a cabo la minería bitcoin, ya que dicha criptomoneda es de curso legal en El Salvador desde septiembre de 2021, a pesar de que su cambio es altamente volátil, especulativo, y no está regulado por un Banco Central; de ahí que la estabilidad macroeconómica del país no esté asegurada. Las últimas protestas sociales se han canalizado por medio de marchas masivas en los meses de septiembre, octubre y diciembre de 2021 y enero de 2022, que han denunciado los feminicidios, la ley bitcoin, el creciente número de desaparecidos,²² la criminalización y estigmatización de jóvenes, la exclusión de algunos grupos sociales, la pobreza, la privatización del agua, la deslegitimación que el presidente ha hecho de los Acuerdos de Paz y ciertas prácticas autoritarias del gobierno, entre otras cosas. Las colectivas feministas y lesbofeministas son algunas de las que más han

sociedad dividida durante décadas, de emprender cambios institucionales bajo principios democráticos. Por primera vez en la historia del país un partido político de izquierda, el FMLN, pasaba a pertenecer al entramado institucional; se desmantelaba la Policía de Hacienda y se creaba la Policía Nacional Civil (PNC); y se activaban los mecanismos de un Estado de derecho que, en principio, garantizaría los derechos humanos y ciudadanos.

²⁰ Habría que llamarlas más bien *éxodo*, pues el término caravana es un eufemismo; mejor aún, debería reconocérsele como un movimiento social que camina por una vida vivible. El éxodo centroamericano (desde Guatemala, Honduras y El Salvador) emprendió su camino en octubre de 2018, con el objetivo de ingresar a Estados Unidos. Para más información, véase Leyva (2021).

²¹ Algunas de estas acciones son: la irrupción, en febrero de 2020, del presidente Bukele en la Asamblea Legislativa arropado por militares y policías tras la negativa de los diputados de aprobar un préstamo; la destitución de jueces y del fiscal general en mayo de 2021, cuando su gobierno obtuvo la mayoría de diputados en la Asamblea; y más recientemente, la aprobación de la Ley de Agentes Extranjeros.

²² Según la fiscalía general, 1,192 personas desaparecieron de enero a octubre de 2021. En los últimos meses se han encontrado fosas comunes con cuerpos de mujeres.

cuestionado al gobierno de Bukele, no solo en las calles mediante marchas, sino también en columnas y artículos de opinión publicados en los medios virtuales *La Brújula* y *GatoEncerrado* o en la revista *Alharaca*. Recientemente, el 22 de noviembre de 2021, el ataque gubernamental a colectivas feministas se concretó con el allanamiento de las oficinas y la intervención al sistema informático y a los archivos físicos de la Asociación Movimiento de Mujeres “Mélida Anaya Montes”, conocida como Las Mélidas.²³ La pregunta central es, ¿cómo se llegó hasta ahí?

Después de la firma de los Acuerdos de Paz, la oportunidad histórica para refundar un país con valores contundentemente democráticos e inclusivos no se arraigó en sus cimientos con la fuerza necesaria. Los gobiernos de la posguerra, tanto de derecha como de izquierda, no resolvieron de raíz los problemas estructurales y socio-económicos que habían causado la guerra. La persistente desigualdad, la llegada de un neoliberalismo feroz, el sustrato colonialista que se traduce en explotación, extractivismo y discursos racistas, la política de “borrón y cuenta nueva” con respecto a crímenes de lesa humanidad y que ha cristalizado y naturalizado la impunidad,²⁴ entre otras cosas, incidieron en crear las condiciones para que miembros de pandillas deportados desde los Estados Unidos, en los años noventa, encontraran tierra fértil para desarrollar y fortalecer, a lo largo de casi tres décadas, una estructura de crimen organizado. El documental de Marcela Zamora, *El cuarto de los huesos* (2015), refleja esta realidad: la persistencia de los ecos de los desaparecidos de la guerra que se juntan con los ecos de los desaparecidos de hoy. Después de albergar una utopía de la revolución y, luego, idear en conjunto la institucionalidad de un Estado de derecho con garantías y justicia social para todos, el sueño democrático tropezó con la cruda realidad: la sociedad salvadoreña seguía empobrecida y polarizada.

²³ El gobierno, mediante agentes de la Policía Nacional Civil y la fiscalía general, intervino a siete organizaciones no gubernamentales bajo el pretexto de investigar actos ilícitos. Para ello, el gobierno se apoya en la recién creada Ley de Agentes Externos, la cual es considerada por sus opositores como una fachada para perseguir políticamente a organizaciones críticas con la gestión de Bukele.

²⁴ En el marco de la guerra, se produjeron las matanzas del río Sumpul (1980) y El Mozote (1981), realizadas por el ejército contra campesinos. También se cometieron brutales asesinatos, como el del arzobispo de San Salvador, monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez (1980), de las cuatro monjas Maryknoll (1980), de los jesuitas de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA) (1989) y de otras figuras políticas de izquierda y de derecha. Hubo cientos de torturados y exiliados y se calcula que el resultado del conflicto bélico fue de 75.000 muertos y 15.000 desaparecidos.

Los conflictos sociales no solo demostraron las condiciones socio-económicas precarizadas de la mayoría de la población sino también la persistencia de un carácter autoritario que no desapareció del todo: después de décadas de operar bajo ese código, había dejado sus imborrables huellas en la cultura y sus prácticas interrelacionales. De una cultura de la represión durante las dictaduras militares, basada en la exclusión política de las izquierdas y la explotación económica, se pasó a la cultura de la guerra, para luego, durante la posguerra, adentrarse en un periodo de incertidumbre acentuado por la polarización, cuyos rasgos fueron la práctica cotidiana de la violencia²⁵, el poco espacio para el pensamiento crítico y la perduración de fundamentalismos ideológicos y políticos, tanto dentro de la izquierda como la derecha. Sin embargo, en momentos puntuales, ambas tendencias políticas coincidieron, como en 1998, cuando, a través de dos reformas —una realizada al Código Penal y otra a la Constitución—, con la mayoría de los votos en la Asamblea Legislativa, aprobaron la penalización del aborto en todas sus formas, lo que ha llevado a mujeres jóvenes de estratos pobres a la cárcel con condenas de hasta 30 años.²⁶ Por lo tanto, sin importar el color político o partidista, se observa la fijación de una mentalidad conservadora que ha continuado permeando a gran parte de la sociedad. Lo anterior se expresa en diversas formas, por ejemplo, la intolerancia hacia opositores políticos, de publicistas censores,²⁷ de grupos religiosos y fundamentalistas, etc. En general, la sociedad salvadoreña es racista, misógina, homo/lesbo/transfóbica, clasista y violenta.

Precisamente, los derechos de las diversidades sexuales no entraron en la discusión sobre la nueva institucionalidad del país cuando se firmaron los Acuerdos de Paz en 1991. Para el caso que nos ocupa, es decir, la situación de las lesbianas salvadoreñas, me gustaría brindar unos ejemplos que

²⁵ Por ejemplo, hacia mediados de los años 2000, comenzaron a aparecer cuerpos de mujeres jóvenes que habían sido agredidas y decapitadas. Entre 2005 y 2006, se identificaron a 2.830 mujeres asesinadas y, cuatro años después, en el primer trimestre de 2010, a 580 mujeres y niñas, un promedio de dos mujeres cada día. En la mayoría de los casos, estos asesinatos estaban precedidos por la agresión sexual (Observatorio s.n.). El Salvador sigue viviendo una violencia de grandes dimensiones enquistada en el tejido social.

²⁶ Se le conoce como el caso de Las 17. En 2017, Suecia dio asilo a María Teresa Rivera, el primer caso público de asilo vinculado al derecho al aborto.

²⁷ En 2013, el Consejo Nacional de la Publicidad, en complicidad con la Alcaldía de San Salvador, retiró una valla publicitaria en la que la asociación feminista Las Dignas reivindicaba el derecho a una vida lesbiana por medio del enunciado: “Viviendo el feminismo. Soy lesbiana porque me gusta y me da la gana” (ARGUIÑADA DERAS 2017: 13).

se remontan a los años de la guerra civil, considerando que dos de las autoras, cuyos poemas comentaré más adelante —Matus y Rodríguez—, fueron integrantes de organizaciones guerrilleras en la década de 1980. Dichos ejemplos nos recuerdan que los prejuicios y las acciones discriminatorias hacia lesbianas ha sido una constante. De ahí que las resistencias creativas de estas autoras sea un punto importante de mi análisis, ya que muestran sus estrategias textuales ante la vulnerabilización persistente, a largo plazo, implantada por los discursos vertebradores de la ‘heteronación’.

Durante los movimientos sociales y revolucionarios de los años ochenta se alzaron dos figuras masculinas arquetípicas, el *héroe patriota*, alabado por los militares, y el *héroe revolucionario*, el valiente líder de izquierdas, el modelo del “hombre nuevo”, e incluso,

la imagen del soldado del pueblo —invencible en la batalla, audaz, que no mide riesgos en el enfrentamiento con el enemigo— sería el prototipo a alcanzar para quienes se involucraban en la guerrilla. El entusiasmo por poseer un arma y aprender a usarla es narrado en múltiples testimonios. El arma era un instrumento de defensa y además un símbolo de poder. (VÁZQUEZ, IBÁÑEZ Y MURGUIALDAY 1996: 65)

En diversas ocasiones, las mujeres ex guerrilleras se han referido a las prácticas sexistas y jerárquicas dentro del movimiento revolucionario. Más aún, “las mujeres obtuvieron un extra de frustración porque los Acuerdos [de Paz] fueron escritos totalmente en masculino (literal y simbólicamente hablando), a pesar de la presencia de más de una mujer en las comisiones negociadoras y firmantes de los mismos” (1996: 51). En este marco, incluso al interior de los grupos guerrilleros, que en los años ochenta abogaban por una transformación social, las diversidades sexuales eran silenciadas y estigmatizadas: no cabían dentro de sus códigos morales. “El tratamiento de este tema era muy esquemático, decíamos que los homosexuales eran una plaga, algo que no debe existir, que no es lógico, que no es correcto, que no puede ser”, dice Héctor Acevedo, uno de los líderes del Partido Comunista, que formaba parte del FMLN; asimismo, una combatiente llamada Laura agrega que “conocí casos de homosexuales que fueron expulsados de las filas guerrilleras al ser descubiertos” (VÁZQUEZ, IBÁÑEZ Y MURGUIALDAY 1996: 187). Lo referente a una sexualidad disidente era considerado como un problema burgués que se erradicaría con el triunfo de la revolución y la dictadura del proletariado (PALEVI 2017: 137). De ahí que homosexuales

y lesbianas pertenecientes a las filas del FMLN habitualmente reprimieran sus manifestaciones sexoafectivas.

Según la investigación de Vázquez, Ibáñez y Murguialday (1996), si el combatiente demostraba compromiso y valor y reprimía su disidencia sexual en público, podía tener cabida en el frente guerrillero y llegar a ser líder. No obstante, las lesbianas eran menos visibles: en un ambiente bastante masculinizado, no se podía concebir que una mujer quisiera relacionarse sexual y afectivamente con otra mujer, habiendo una gran cantidad de hombres en el panorama. Las que no querían tener relaciones con ellos eran acusadas de “raras” o incluso acosadas, como relata Vilma Vázquez:

Cuando hacíamos las huelgas y nos tomábamos las fábricas, estaba Paty, una compañera que era lesbiana, que pertenecía a un sindicato; ella tenía una pareja que le decían la “bicha Norma”. Al momento de tomarnos las fábricas, permanecíamos 24 horas, entonces teníamos que procurar lugares para descansar en algún momento. Siempre había parejas heterosexuales que tenían relaciones sexuales mientras duraba la toma de los lugares. En esta situación, la Paty y la Norma cubrían con plásticos u otros materiales el espacio donde se iban acostar. Entonces los compañeros les quitaban los plásticos, era un hostigamiento que se realizaba, era naturalizada la discriminación y no teníamos la fuerza política para cuestionarla y mucho menos para detener este tipo de actos. (PALEVÍ 2017: 137)

Negar o minimizar la existencia de lesbianas en las filas del FMLN contrastaba con la tolerancia que se desplegaba cuando se trataba de extranjerías del Norte que llegaban como parte de los comités de solidaridad con El Salvador. Con las lesbianas norteamericanas, algunas de ellas militantes del movimiento feminista lésbico, los líderes guerrilleros solían ser respetuosos. Aun cuando se imponían códigos de la cultura machistas y prejuicios generales contra las mujeres, si una de ellas demostraba encarnar el “prototipo de la guerrillera heroica” —con “cualidades masculinas” para gestionar puestos de mando, pero “[manteniendo] su feminidad”—, podía llegar a ser admirada y promovida. No obstante, “el prejuicio lesbofóbico no fue alterado [...] eran toleradas siempre y cuando no perturbaran la entrega a la causa y se mantuvieran en silencio” (VÁZQUEZ, IBÁÑEZ Y MURGUIALDAY 1996: 188-189).

Al respecto, la poeta Silvia Matus sostiene que: “Definitivamente no eran parte de la agenda revolucionaria, ni el feminismo, el género o la disidencia sexual. El movimiento guerrillero era bastante misógino y homofóbico. Mi atrevimiento fue que, en 1987, todavía en guerra, tuve mi primera relación

con una mujer” (Entrevista personal 2021). Por su parte, la poeta Kenny Rodríguez, que fue presa política durante la guerra, expresa lo siguiente:

Efectivamente, dentro de esos años de lucha por cambiar la realidad salvadoreña, los objetivos específicos [...] eran lograr transformaciones significativas en la vida y sobrevivencia de los y las salvadoreñas, generalmente relacionadas a la condición de pobreza y desigualdad social. No existió una consideración o discusión sobre los derechos de las mujeres como tales, ni de los grupos que eventualmente están en situación de vulnerabilidad como las disidencias sexuales. Tanto es así que, si revisas los Acuerdos de Paz, estos son temas que no aparecen por ningún lado, por más que se desee hacer otro tipo de interpretación. Mi opinión es que la situación era tal, que no tuvimos esa perspectiva, esa astucia de cuestionar, o el conocimiento necesario para hacer planteamientos específicos sobre realidades particulares, estábamos en medio de una vorágine de violencia que había que cambiar, se trataba de sobrevivir y aportar a la consecución de algún tipo de justicia social (Entrevista personal 2021).

En este contexto histórico, político, social y cultural —precarizador a distintos niveles—, el discurso de la ‘heteronación’ salvadoreña también se despliega en su Constitución Política y sus recientes propuestas de reforma, tal y como lo ha demostrado Gómez Arévalo (2018). Por medio de la revisión de artículos de la Carta Magna, este investigador comprueba que desde la década de 1950 se difunde la concepción hegemónica burguesa de la familia nuclear integrada por padre, madre y dos hijos/as. Lo anterior es discordante con la realidad del 62% de las estructuras familiares, ya que la mayoría son *monoparentales*, siendo a menudo la madre quien se encarga de la familia; o *trasnacionales*: “incluye a uno o ambos padres que residen fuera del país dando el aporte económico y a los abuelos/as o tíos/as como figuras paternas físicas dando los estímulos afectivos y socializadores a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes”. Más adelante, agrega: “La existencia de familias salvadoreñas LGBT es la clara refutación al modelo hegemónico de familia de los sectores burgueses conservadores; por ello estamos hablando de ‘familias’ en plural en lugar de ‘familia’ en singular”. Sin embargo, en cada coyuntura electoral, los candidatos prometen luchar por la restricción de las instituciones civiles del matrimonio y la adopción a personas del mismo sexo. Así, se aseguran el apoyo de un electorado fundamentalista, que suele votar a candidatos que protegerán “los valores salvadoreños” y la familia. Son estos los principales argumentos propagandísticos con los que se aborda el “pánico moral del conservadurismo y fundamentalismo

religioso para evitar cualquier discusión política seria sobre los temas de diversidad sexual, expresión e identidad de género, sexualidad y cuerpo al interior del Estado”. Estos planteamientos dogmáticos consideran a las diversidades sexo-genéricas como “el *elemento principal* para los problemas morales” del país (GÓMEZ ARÉVALO 2018: s.n.; la cursiva es del original).²⁸

Sin embargo, paralelamente a lo antes expuesto, también se ha tejido una historia de las resistencias canalizadas por colectivas lesbofeministas organizadas principalmente después de los Acuerdos de Paz. Hasta hace poco, la mayor parte de investigaciones se centraba en hombres gays y personas transexuales y eran escasos los estudios sobre la población de lesbianas, a pesar de que ellas han jugado un papel fundamental en la construcción del discurso político, así como en la conformación de organizaciones que lideran procesos sociales. No tengo espacio para referirme a todas sus reivindicaciones políticas, discusiones, polémicas, performances, foros, tomas de espacios públicos, marchas, etc., pero afortunadamente en los últimos años estas se han comenzado a sistematizar (MATUS 2007, 2011; MATUS Y OLIVA 2008; PALAVI 2017; GÓMEZ ARÉVALO 2017b; ARÉVALO Y CHÁVEZ COURTRIGHT 2019; IRAHETA 2019; CHAVEZ COURTRIGHT 2021). Como ya dijimos arriba, fue de gran valor la aparición de la colectiva Media Luna, tal y como lo recuerda Silvia Matus:

En 1992, previo al VI Encuentro Feminista de Latinoamérica y el Caribe a realizarse en 1993 en El Salvador, se realizó en Montelimar, Nicaragua, una reunión de feministas como un pre-encuentro. Este fue el momento cuando las lesbianas se visibilizaron, hubo un gran susto y escándalo porque vieron besarse a algunas. A partir de esta experiencia, algunas vinieron y dijeron que había necesidad de crear espacios propios para las lesbianas, porque no habían visto acogida en el movimiento feminista y así comenzó el espacio de la colectiva lésbica las medias lunas. (IRAHETA 2019: 246)

A partir de entonces, las colectivas lesbofeministas han sido numerosas; en ocasiones han trabajado junto a organizaciones feministas, como Las Dignas, Las Mélicas y Concertación Prudencia Ayala, y en otras, han mantenido distancia ante la lesbofobia que han expresado algunas feministas

²⁸ Según la entrada en Wikipedia, “Diversidad sexual en El Salvador”, la homosexualidad es legal desde 1826, pero eso no quiere decir que sea aceptada abiertamente. Eso se evidencia cuando se comprueba que las diversidades sexo-genéricas no tienen protección legal en los siguientes apartados: contra la discriminación en ambientes laborales y otros aspectos; de pareja, con acceso igualitario a la unión civil o al matrimonio. Tampoco gozan de derechos reproductivos y de adopción, ni de género, como el cambio de sexo en documentación.

heterosexuales. En general, aquellas han mantenido una posición reivindicativa de las vidas lesbianas a nivel político, social, económico, jurídico y simbólico, además de otras demandas relacionadas con la situación de violencia del país, la impunidad, los feminicidios, el aborto, el abuso sexual, los derechos humanos, la libertad de expresión, etc.²⁹

En 2007, Silvia Matus identificaba al menos cinco mujeres “que escriben poesía dedicada a otras mujeres que se aman, o cuentos de erotismo lésbico”, pero señalaba que preferían firmarlos con pseudónimos o no hacerlos públicos debido a que existe una “fuerte resistencia social que se manifiesta en el discurso de la iglesia, [de] dirigentes de partidos políticos y de la población en general, que consideran la orientación no heterosexual como una enfermedad o un pecado” (GREGORI 2007: s.n.).

Por su parte, Kenny Rodríguez sostiene que se trata de “una lucha contra el sistema en todos los sentidos, contra la idea de la familia como institución y contra un imaginario extremadamente misógino y homofóbico”, una sociedad que es “incapaz de identificar y reconocer que existen desigualdades sistémicas que nos atraviesan”, y que coloca a las disidencias sexuales en situación de vulnerabilización: “La crianza de uno de mis hijos, por ejemplo, la realice bajo la amenaza de ser separada de él por ser una mujer lesbiana con ‘demasiado color’. Lo único que ocurría es que estaba en vida de pareja con otra mujer” (Entrevista personal 2021). Rodríguez finaliza con esta reflexión:

Considero que no hay avances significativos, hay pequeños espacios particulares de los cuales nos hemos apropiado, pero en términos generales seguimos estando al margen; dentro de las disidencias mismas existe discriminación, enfrentamos lesbofobia, las lesbianas hemos estado invisibilizadas y, si hemos llegado a espacios políticos, culturales o sociales, ha sido metidas aún en el closet. Considero que falta que la lesbiandad sea más visible y asumida. (Entrevista personal 2021)

Marielos Olivo opina que, si bien la situación del campo cultural y artístico de hoy no es la misma con la que Matus se encontró, esta debe seguir

²⁹ Entre las organizaciones exclusivamente lesbofeministas de los últimos veinte años se encuentran: Colectiva Lésbica Salvadoreña (Colesa), La Casa de Safo, Y yo también, Colectiva Feminista Lesbianas en Acción (luego Colectiva Lésbica Las Desclosetadas), Peperechas: Mujeres Públicas, Kali-Naualia, Movimiento Lésbico Juvenil (LESBOS), Asociación de Mujeres Lesbianas con Voz/Les Voz, Colectiva Desobediencia Lésbica, Asociación Lésbica Feminista “Las Buscaniguas”, Espacio de Mujeres Lesbianas, Espacio 5-sin Cuenta, Asociación de Lesbaians de El Salvador Heydy Lavina, adoradoras de la sagrada vulva, Las Clitorianas, Las Hijas de Safo... (PALAVI 2017).

siendo problematizada. Al mismo tiempo, alude a lo más importante: las redes de afecto y acompañamiento:

Creo que más que ganar espacios hay lesbianas que decidieron construir sus propios espacios de lucha, de discusión y creación cultural, desde sus propias necesidades y sin necesidad de reconocimiento del mundo heterosexual, político y artístico. Hay colectivas que están posicionadas dentro del movimiento feminista, compañeras lesbianas artistas construyendo una propuesta artística desde sus propias narrativas y rechazando el canon impuesto por hombres, blancos y heterosexuales, principalmente. Considero que un desafío importante es lograr resistir a las nuevas formas que el sistema tiene para apropiarse de discursos políticos contruidos desde las mujeres para una vez más invisibilizar los aportes de las mujeres, las feministas y las lesbianas feministas, con todos los recursos de los que nosotras disponemos para hacerlos llegar a las grandes masas, sin cuestionar realmente de dónde vienen y a quiénes sirven. [...] lo que escribo al abordar mayoritariamente el lesbianismo, solo es reconocido cuando se acerca alguna fecha reivindicativa asociada con la diversidad sexual... [...] Redes literarias no [tengo], las que tengo están basadas en el cariño hacia algunas poetras lesbianas, principalmente, Kenny Rodríguez, Silvia Matus. (Entrevista personal 2021)

Por otra parte, Olivo también plantea la necesidad de abrir nuevos caminos para la poesía, expandir el abanico del deseo, una línea que, sin duda, merece la pena explorar en futuras investigaciones:

El último tiempo he estado teniendo muchas discusiones internas con lo que yo considero sobreutilización del erotismo específicamente en la poesía de las lesbianas, el que usualmente en las lecturas de poesía que organizamos entre nosotras decidamos que sea sobre el erotismo, que sin duda es un motor potente para la creación y que nos fue dictado por lo que los hombres decidieron que debía ser, cómo debía vivirse, cuándo y qué mujeres sí lo tenían permitido (no sin que tuviera costos para las “elegidas”). Personalmente, creo que el deseo no pasa necesariamente por la experiencia erótica y es un reto constante buscar formas de vivirlo y procesarlo para plasmarlo en mi escritura, hasta el momento sin mucho éxito, debo reconocer; y eso mismo podría ser una transgresión a las pautas impuestas por la heterosexualidad: sí, soy lesbiana, pero no me canta escribir sobre mi deseo y sí sobre las marcas que lleva mi cuerpo y otras mujeres que contribuyeron en mi proceso de sanación para vivirme sola y con ellas, cuando me canta el deseo. (Entrevista personal 2021)

4. TRASTOCAR LA HERIDA DESDE LA POESÍA

Solé Blanch y Pié Balaguer sostienen que el *carácter político* del vivir humano deriva del hecho de que, en principio, debe existir una serie de condiciones previas y necesarias que le permitan a la vida surgir y mantenerse. Esas condiciones, en la actualidad, se han visto aún más deterioradas por la forma de regulación social y política del neoliberalismo, que se traduce en precariedad y sufrimiento, sobre todo para aquellas personas fuera de la norma, al margen de la racionalidad gubernamental. Dicha regulación ha impuesto un orden social que coloca al capital en la centralidad de la vida y que, simultáneamente, está caracterizado por la miseria, la injusticia y la explotación. De ahí que se hable del surgimiento del “precariado común” o la “orfandad colectiva”, que hace necesario pensarlo como lugar social que, a su vez, deber ser discutido. Siguiendo a Butler,³⁰ los autores nos invitan a preguntarnos “por qué unas vidas valen más que otras y qué es lo que cuenta en esa valoración”; y, más adelante, “¿es posible apropiarse de ese sufrimiento para convertirlo en un arma política?” Así, nos recuerdan que, a pesar de que “la vida se enfrenta a su propia negación”, históricamente también han emergido formas de resistencia no solo para hacer la vida posible sino también *deseable*: la posibilidad de apropiarse de “una narrativa del dolor”, que articule un nuevo discurso o una nueva “gramática política”, y que hable desde la vida sin negar el sufrimiento, convirtiéndolo, más bien, en “la palanca de una fuerza colectiva” que abra espacios para estimular “experiencias de politización del malestar social” (2018: 7-12).

Partiendo de lo anterior, en este último apartado comentaré algunos poemas de Matus, Rodríguez y Olivo, con la intención de identificar ciertas estrategias textuales que disputan la norma y la institucionalidad de la ‘heteronación’ salvadoreña, y que proponen —como sujetos poéticos y políticos— el gozo, el placer, la complicidad y la reivindicación como cimientos de una vida *deseable*. Como veremos, la herida se trastoca, aunque lejos del “omnipotente relato de autosuficiencia en el capitalismo contemporáneo. Aquel que afirma que la vida es un camino individual, no compartido” (GIL 2013: s.n.).³¹ La herida, el dolor, el sufrimiento, se asumen y se gestionan

³⁰ Butler (2008) interroga sobre qué es lo que hace que algunas vidas sean vivibles en su precariedad mientras que otras no lo son; por qué algunas vidas valen más que otras, qué es lo que cuenta en dicha valoración.

³¹ Gil también enfatiza que “pensar la vulnerabilidad surge como necesidad [...] frente a la mercantilización de nuestra fragilidad” (2013: s.n.). En sintonía con la ideología neoliberal, la posi-

como “palanca de una fuerza colectiva”.

Comenzaremos con Silvia Matus (1950-), poeta, ex combatiente, socióloga y feminista. Ha participado en diferentes organizaciones sociales que buscan la erradicación de la injusticia social, como las ya mencionadas Colectiva Media Luna, Las Mélicas y la Concertación Feminista Prudencia Ayala. Al respecto ha dicho:

Soy feminista. Lo mío es el activismo y la escritura. Ha sido un reto seguir mis sueños y deseos, incluso los eróticos. Mi resistencia es seguir sintiendo, pensando, actuando y escribiendo en esta sociedad clasista, racista, homófoba, lesbófoba, misógina y conservadora. Las identidades, deseos, expresiones de género diversas no binarias o no heterosexuales son mal vistas en las sociedades machistas. Hay una jerarquía sexual, como dice Jeffrey Weeks, que la disidencia sexual desafía. [Pero] el eros y el placer, la buena vida, es un derecho de todxs. Mi musa es la vida y la palabra, mi cómplice. He sido guerrillera, activista feminista; soy poeta, madre, abuela, compañera, he luchado y lucho por la transformación hacia una sociedad más justa humana y diversa, cultural y sexualmente. (Entrevista personal 2021)

Su gran aporte a la visibilidad política y social de las lesbianas y las disidencias sexuales ha sido ampliamente reconocido en El Salvador, así como su lucha por los derechos de las mujeres, como experta en derechos sexuales y reproductivos. En octubre de 2020, el colectivo Las Hijas de Safo inauguró la primera biblioteca lesbofeminista del país, la cual lleva por nombre “Silvia Matus”, como homenaje a la poeta y activista. Ha publicado *Dimensión del tránsito* (1996), *Insumisa Primavera* (2002) y *Partisana del amor* (2012).

En una parte de su poesía³² destaca el deseo por el cuerpo de su amante/compañera y, a la vez, se alza el propio cuerpo, acompañado, como gesto político. Leamos su poema “Si muriéramos ahora”:

Si muriéramos ahora
así...

tividad y el emprendimiento son ejes del dinamismo social que desembocan en una fatiga oculta tras el lema “sonríe o muere” (como también ha dicho Han en *La sociedad del cansancio*). Pareciera, entonces, que también se ponen límites al sufrimiento: no hay lugar para el desfallecimiento (PERÁN 2015; EHRENREICH 2011; SOLÉ BLANCH y PIÉ BALAGUER 2018).

³² En otros poemas trata temas como la urbanidad, la violencia, la cotidianidad, aunque siempre desde una perspectiva de género. Tal es el caso de “13 Avenida. Nana de Sansivar”, sobre una trabajadora del sexo que impone el uso del preservativo a uno de sus clientes, o “13 Avenida. Trans”, sobre una trabajadora del sexo transgénero.

desnudas y abrazadas
San Pedro
torcería su túnica,
perdería sus llaves
daría cinco vueltas
consultaría al altísimo
para terminar negándonos la entrada
al paraíso.
Si muriéramos ahora
así desnudas y abrazadas
nos negaríamos a acatar su penitencia
con nuestras humedades apagaríamos
su milenario fuego
y Lucifer se daría por vencido.
Mejor será seguir aquí
desnudas y abrazadas
en el trópico
de esta pequeña habitación
que se va envolviendo
de silencios
y nocturnas ambrosías. (Borja s.a.: s.n.)

Las amantes han desconocido la autoridad divina, la religión, y al hacerlo, también han transgredido las pautas de la institución y el régimen político de la heterosexualidad, cuyas pautas condenan a ese amor; si murieran, San Pedro les negaría la entrada al paraíso. Pero ambas, conjugadas en verbos que implican a un *nosotras*, “desnudas y abrazadas”, le cerrarían las puertas de su “pequeña habitación”, operando al revés de la tradición, es decir, más bien ellas exiliando a la autoridad de ese espacio íntimo-político *compartido*, donde el gozo se hace patente mediante un manjar —“nocturnas ambrosías”— del que se nutren desde y mediante sus cuerpos. Simultáneamente, al desligarse del orden discriminatorio, con sus “humedades” apagarían “su milenario fuego”, y entonces “Lucifer se daría por vencido”. Por lo tanto, desafían no solo la sexualidad binaria heterosexual, sino que también otra dicotomía: superan las ideas fundamentalistas del “bien” y el “mal”, porque no se colocan ni en el paraíso ni en el infierno. Estos dos cuerpos intercambian placeres y se alimentan de alegría en un *lugar-otro*. Sin embargo, en el poema “Amar a otra mujer”, se nos recuerda que la creación de ese espacio no es gratuita:

Amar a otra mujer
puede ser una aventura al Amazonas,
un delirio con o sin estímulos
[...]
Amar a otra mujer
es la apertura al infinito
el misterio del océano
la delicadeza de la rosa
y también es...
estar expuesta y frágil. (Borja s.a.: s.n.)

Como se puede observar, la poeta utiliza (quizá irónicamente) los tópicos con los que se ha construido la feminidad en la tradición literaria: la mujer como infinito, misterio, océano, rosa delicada. No obstante, el poema cierra con una declaración de fragilidad. Amar a otra mujer y encontrarla en el Amazonas, un conocido bar de lesbianas en San Salvador, es manifestarlo, hacerlo *público*. Esto equivale a afrontar las consecuencias, la posible herida, sea derivada del mismo amor o de las pautas heteronormativas. Sin embargo, se trasluce cierta solidez y fortaleza en este enunciado, precisamente porque reconoce dicha fragilidad: al nombrarla no se pone límite al sufrimiento, más bien se lo apropia y gestiona ante un mandato socio-político que vulnera a aquellas mujeres que aman a otras mujeres.

Pasemos ahora a la poesía de Kenny Rodríguez (1969-). Poeta, abogada, ex presa política, fue parte del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Su esposo, el poeta y guerrillero Amílcar Colacho, cayó en combate en 1990. El testimonio de Rodríguez se publicó en el libro *Tomamos la palabra: mujeres en la guerra civil salvadoreña (1980-1992)* (2016). Aunque no integra ningún colectivo como tal, sí se considera defensora de los derechos de las mujeres; su práctica profesional como abogada está vinculada a esta lucha. En ese sentido, ha colaborado con la Concertación Feminista Prudencia Ayala.

En cuanto a su obra literaria, ha publicado *Cárcel de mujeres* (2011), *Libro secreto* (2011), *Octubre* (2015), *Concierto para Eva* (2016), *Pequeñas cartas de Amor bajo su almohada* (2018) y *Una mujer cuelga del calendario* (2020). Según me relató, su experiencia con la escritura deriva de un proceso de concientización política que comenzó en la niñez, cuando iba de paseo con sus primas y primos al llamado Playón. Merece la pena citar su testimonio completo:

Cerca de los 10 años llevaba un diario de infancia con las cosas cotidianas que

pueden ocurrir a una niña de mi edad, y escribía sobre los paseos que dábamos en las cercanías del pueblo de Quezaltepeque donde viví mi infancia. [...] Nos llevaban hasta un lugar llamado el Sitio del Niño, atravesábamos en tren la zona de El Playón, que es un lugar que está cubierto de piedras de lava, provenientes de la erupción del volcán de San Salvador, aquello parecía un océano negro y yo sentía una extrema fascinación por este paisaje; llegábamos a nuestro destino, bajábamos del tren y nos compraban una comida típica de mi país: yuca salcochada con pepesacas y curtido. En una ocasión este paseo se convirtió en algo estremecedor, desde las ventanas del tren mientras recorríamos la zona de El Playón pude ver cuerpos de personas muertas, estaban desnudos, sus torsos quemados, sus manos arrancadas y varias cabezas estaban clavadas al final de algunos palo o punta de palos, fue una escena que no olvidaré y que marcó mi infancia, ahí conocí la muerte, tuve la imagen de los y las desaparecidas y conocí una de las facetas más temibles de la guerra. Al llegar a casa no pude escribir nada en mi diario personal, bote la mayoría de ellos y pasé varias noches llorando y preguntándome como era aquello de estar escribiendo sobre cosas sin importancia, sobre trivialidades, mientras a otras personas las estaban matando de aquella forma; yo no las conocía, pero la imagen de sus muertes rondaba mis horas y mis sueños y me puse a escribir lo que esto me hizo sentir y crear. Así nace uno de mis primeros poemarios titulado precisamente “Playón”. Entonces de esta forma tan cruda y cruel tomé el camino de la poesía. (Entrevista personal 2021)

Como ya se dijo, Rodríguez terminó uniéndose a uno de los grupos guerrilleros que conformaban al FMLN. Cuando fue capturada y encarcelada “descubrí que era posible amar a otra mujer” (Entrevista personal 2021). En *Cárcel de mujeres* hay referencias a la ofensiva guerrillera “Hasta el tope” de 1989; a la muerte de compañeros; a combates y pérdidas. Y de pronto, irrumpe la clandestinidad del amor lésbico: carnal y rotundo. Como una espiral, el deseo gira, se torna en rebeldía y sostén de la vida, desafía la brutal mordida de la guerra. En la celda tiene lugar otra liberación:

Mi saliva enredándose
en tu vientre,
bebiendo el manantial
que emana de tu cuerpo,
al borde del instante
vos sonriendo
yo soñando (2011: 31)

Sin embargo, llegar hasta ahí implicó romper con la norma internalizada:

Te odiaste como un crío al biberón
aquel domingo de visita,
hiciste ayuno obligatorio,
cantaste hasta gritar junto al coro,
te bañaste en agua bendita,
te atragantó la hostia,
lloraste la confesión de hora y media,
rezaste por tus pecados —casi míos—
que conducen al calabozo,
compraste un escapulario,
solicitaste un exorcismo...
simplemente porque te amaron
en la complicidad de un corredor. (2011: 30)

En el poema se enumeran rituales religiosos que supuestamente “limpiarán el pecado”. Sin embargo, de forma estratégica, el adverbio *simplemente* logra desestabilizar la seriedad de estos rituales, los ridiculiza, cuando enuncia con naturalidad el hecho: “te amaron en la complicidad de un corredor”. Resulta evocador que haya tenido lugar en un corredor, un pasillo, término que refiere al fluir, a lo continuo, el movimiento entre los espacios, en contraposición a la fijada y estancada institución religiosa que impone rituales de salvación. Una vez superados los prejuicios, el espacio de la cárcel vuelve a ser, paradójicamente, ese lugar de liberación: “porque estoy junto a ti / voy comprendiendo / la cárcel termina ese día / que volvemos a ser lo que deseamos”. Y más adelante:

Te regalo mi presencia,
en ella
el amanecer de mis senos
dentro de tu beso.

Mi interior
sin fronteras. (2011: 32)

Terminaremos este breve recorrido con la poesía de Marielos Olivo (1977-), psicóloga, poeta y feminista: en la actualidad cursa el máster en Escrituras Creativas en la Universidad Nacional de Colombia. Tiene un manuscrito de poesía aún inédito, “Huella poética”. Mientras Matus y Rodríguez ponen al cuerpo deseante y deseado en el centro de su poética lésbica, alzando al poema como lugar político e íntimo desde donde se expulsa a la ‘heteronación’; la poesía de Olivo está más conectada con la

oralidad, influida por el *spoken word* de Staceyann Chin. Ella misma afirma que “desde que empecé a escribir tenía muy claro que lo haría teniendo presente que luego quería leerlo en voz alta” (Entrevista personal 2021). Así, el escenario poético de Olivo pasa también a ser un lugar político, pero con otras características: su enunciación quiere darle, en sus propias palabras, “carne y tripas” a sus textos, en concordancia con otras autoras que admira, como Audre Lorde, Gloria Anzaldúa, Adrienne Rich y Tatiana de la Tierra. Al respecto comenta:

La escritura ha sido el vehículo para procesar todo lo que durante muchos años mantuve encapsulado, que no lograba articular con palabras por miedo o vergüenza, así como lo que tampoco encontraba en ningún libro, revista, programas de televisión o película, que hablara de lo que yo estaba sintiendo y pudiera tranquilizarme, algo que poder entregarle a mi madre y que supiera lo que me pasaba sin necesidad de exponerme, mi lesbiandad, el abuso sexual vivido en la infancia. Mucho de lo que he escrito es ciertamente autobiográfico. “Mejor lesbiana que sombra privilegiada” es el primer texto donde están plasmadas vivencias personales, frases exactas que me fueron dichas. (Entrevista personal 2021).

Leamos, entonces, “Mejor lesbiana que sombra privilegiada” (s.n.):

Yo soy la revolución
cubierta en escupidas:
¡Marimacha!
¡Varonil!
¡Machorra!
camino resuelta por
tu calle fálica:
¡Yo te hago mujer!
¡Yo te convenzo!
¡Yo te la meto!
Colibri aleteando son mis ojos
el miedo no le paga renta
a mi cuerpo de lesbiana
nunca penetrada/mil veces penetrada
la amenaza es la misma
la valentía diversa.

Yo soy la confusión
adobada con salmos
¡Pecadoral
¡Sucia!
¡Aberración!
llena de dudas
beso tus mustios cariños:
¡Yo tengo la culpa!
¡Yo te crie bien!
¡Yo prefiero puta que lesbiana!
Cucaracha en la hecatombe es mi deseo
el placer es polizón
en senos multiformes
política/erótica
el clitoris es uno
el arte ilimitado.

Yo soy la ruptura
desterrada del arcoiris_
¡Tortillera!
¡Silencio!
¡Atrás!
indeseable es mi huella
sobre tu mordaz concreto
¡Machorra amargada!
¡Marimacha inconforme!
¡Perra creída!
Avispa en tu párpado mi lengua fue
tu burla solía reforzar
la sumisión milenaria
protagonista/villana
tu lucha no es mía
mi lucha no es tuya.

Yo soy la locura
mi caos habitó la casa de Safo
¿Mujer?
¿Homosexual femenina?
¿Feminista?
cuando la rabia no me cupo más
exhalé con ritmo al estar desclosetada:
¡Lesbiana!
¡Feminista!
¡Estar y actuar!
La ardilla no le teme más a la pantera
ágiles rodean alambres de púas
en complicidad neonata
compañera invisible/compañera visible
la apuesta es ahora
la urgencia perenne.

Como se observa, cada estrofa comienza con una anáfora (“yo soy”) que hace referencia a lo que el sujeto lírico considera que es: revolución, confusión, ruptura y locura. Distribuidos como estribillo, los versos

transmiten una cadencia impregnada de oralidad y ritmo. Desde el título mismo, el yo poético se sitúa como *lesbiana*, gesto político que la lleva a relatar el proceso por el que se apropia de su vida y su espacio. Lo anterior se intercala con los insultos recibidos; un ir y venir que propulsa el movimiento permanente, ese que obliga a la “urgencia perenne”. De lo dolido a la potencia, de la hostilidad a la resistencia, de la crudeza a la metáfora. Al final, junto a la complicidad de otras, la mujer estigmatizada se transforma en la desclosetada (quizá una alusión a la colectiva salvadoreña). Esta transformación es precedida por tres interrogaciones: “¿Mujer? ¿Homosexual femenina? ¿Feminista?”. Sus respuestas, “¡Lesbiana! ¡Feminista! ¡Estar y actuar!”, aluden a una trinchera colectiva.³³

Al respecto, Olivo comenta: “considero que mi expresión de género fue mi primera práctica de resistencia. Tenía claro que me gustaba vestir, jugar, comportarme de cierta manera, de formas contrarias a las que una niña debía seguir en ese momento, viviendo en una colonia popular de San Salvador” (Entrevista personal 2021).³⁴ Parte de lo anterior se ve plasmado en otro de sus poemas, “Niña lesbiana”, en el que la adulta le propone a la niña “migrar piel adentro”, en un dulce gesto de protección y cuidado hacia ese tiempo y espacio que es la niñez, a la vez recordado por la mujer adulta. Y es que sobre el cuerpo de la niña se precipita una triple otredad: *niña* —en femenino, alterizada por la mirada adutocéntrica patriarcal— y *lesbiana*. Así, la adulta le aconseja que no se distraiga desprendiendo espinas, porque “esas renacen siempre”, “aún sin agua, sin sol”. Pero para recomponer lo dolido, le promete pintarle “un cielo bajito / tan bajito, que un delfín pueda besar a una nube con su nariz hasta hacerla llover / confía en mí, yo te voy a cuidar”. El poema cierra destacando “estos ojos / de niña lesbiana que merece vivir” (s.n.).

Olivo subraya que su práctica de resistencia ha sido “nombrarme lesbiana feminista, reivindicar mis experiencias como mujer lesbiana feminista”; de

³³ Olivo enfatiza lo siguiente: “Decidí embarcarme en tratar de plasmar el lesbianismo como una trinchera, para resistir, más que para atacar, trinchera que ocupamos no solo aquellas que construimos relaciones sexo afectivas con otras mujeres, sino todas las mujeres que nos movemos en lo que la Rich llama el continuum lesbiano, nos identifiquemos o no como lesbianas. Las mujeres que venden comida en los chalets mientras su compañero de vida o hijo cobra o reparte en bicicleta la comida, las mujeres que alimentaron a combatientes durante la guerra civil de El Salvador, las guerrilleras que se guardaron el deseo por una compa en lo más profundo de su garganta, las jóvenes raperas que escupen rimas reafirmando su existencia lésbica les guste o no a sus compañeros de tarima; mi madre, mi abuela, mis tías que me cuidaron y me procuraron la vida, todas lesbianas en ese continuum” (Entrevista personal 2021).

³⁴ Sobre la niñez de Olivo, véase también su texto “De aquí es que soy” (2021).

hecho, su postura de autora dialoga con lo propuesto por Curiel: “Me identifico con el lesbofeminismo como una propuesta teórica y práctica, que rechaza la idea de ser una orientación o preferencia sexual y se propone como un proyecto político de construcción de vida y mundo. Entiende la heterosexualidad como un régimen político, con instituciones que la sustentan como la normalidad” (Entrevista personal 2021).

Al principio de este artículo comenté que mis búsquedas en torno a este tema estuvieron alentadas por la manera en que Ingrid Bolaños pasó sus últimos días de vida. En uno de sus poemas inéditos, de la serie “Fugas mentales”, nos dice: “Mis satélites asaltan la escalera de los vientos”. La imagen, a su vez, me lleva a unos versos de Silvia Matus: “Si algo va a sobrevivir / después del cataclismo / son la luna y el deseo” (s.n.).³⁵ Satélites, luna, deseo, que desafían al cataclismo, los vientos, el desastre. Todavía hay mucho que estudiar sobre poéticas de autoras lesbianas salvadoreñas, pero lo que ha quedado demostrado es que la herida, ante aquello que vulnera, no se queda fosilizada, unívoca, monolítica, victimizada. Sus múltiples formas de operar sobre el sufrimiento necesitan resguardarse de las cenizas del olvido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBIZÚREZ GIL M. y PLEITEZ VELA T., 2021, “Introducción”, en *Mujeres centroamericanas: autorías y escrituras dispersas en lo global*, *Lectora*, 27: 9-45, 20/11/2021, <<https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/36697/35671>>.
- AGUIÑADA DERAS D., 2017, *Historias de vida de Mujeres Lesbianas: Una aproximación a la comprensión de los orígenes y formas de discriminación de mujeres lesbianas en El Salvador*, Equipo Maíz, San Salvador.
- ANZALDÚA, G., 1999, *Borderlands / La Frontera: The New Mestiza*, Aunt Lute Books, San Francisco (CA).
- ARÉVALO A., CHÁVEZ COURTRIGHT N., 2019, “Rebeldía lésbica salvadoreña: del escándalo público a la creación de una agenda política”, en *El Faro*, 18/11/2021, <<https://elfaro.net/es/201910/columnas/23709/rebeldia-lesbica-salvadorea-del-escandalo-publico-a-la-creacion-de-una-agenda-politica.htm>>.
- BARBOZA N., 1987, *Hasta me da miedo decirlo*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José.
- BARRERA L.C., 2013, *Entre él y yo*, Éride ediciones, Madrid.
- BOLAÑOS I., 2021, “Hoy supe que voy a morir”, en *Alharaca*, 20/10/2021, <<https://>

³⁵ El poema fue escrito en julio de 2020, en plena pandemia de Covid-19; es aún inédito y me lo compartió Silvia Matus para la redacción de este artículo.

www.alharaca.sv/especiales/hoy-supe-que-voy-a-morir/>.

- BORJA L., s.a., “*La voz del otro: aproximación al discurso homoerótico en la poesía salvadoreña*”, inédito, 15/11/2021, <https://www.academia.edu/32265714/La_voz_del_otro_aproximacion_al_discurso_homoerotico_en_la_poesia_salvadorena>.
- BOURDIEU P. y EAGLETON T., 1992, “Doxa and Common Life”, en *New Left Review*, I, 191: s.n. 25/11/2021, <https://newleftreview.org/issues/i191/articles/terry-eagleton-pierre-bourdieu-doxa-and-common-life>
- BUTLER J., 2010, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, Barcelona.
- BUTLER J., 2008, *Vulnerabilitat, supervivencia*, CCCB, Barcelona.
- BUTLER J., 2007, *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós, Barcelona
- CAMPOS R., 2020, “La literatura LGBTIQ+ en Costa Rica”, en *Quimera. Revista de Literatura*, 436: 23-24.
- CAMPOS R., 2019, “La (im)posibilidad de ser y amar en la poesía homoerótica de Alfonso Chase y Jorge Chen”, en *Analecta Malacitana*, 47: 79-116.
- CHACÓN A., 2016, “Representaciones y elaboraciones de la homosexualidad en la literatura costarricense”, en *Ístmica*, 19: 131-141.
- CHACÓN R., 2005, *La fiera del ángel*, Impresos litográficos de Centro América, San Salvador.
- CHÁVEZ COURTRIGHT N., 2021, “Deep Dreaming: Imagining the Sapphic Salvadoran Postwar”, en *GLQ*, 27, 3: 407-429. <<https://doi.org/10.1215/10642684-8994112>>.
- CÓRDOVA A., 2013, *Repertorio de heridas*, DPI, San Salvador.
- COTO-RIVEL S. 2017, *Fictions de l'intime: le roman contemporain d'Amérique centrale*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes.
- CURIEL O., 2013, *La nación heterosexual. Análisis del discurso jurídico y el régimen heterosexual desde la antropología de la dominación*, Impresol Ediciones, Bogotá.
- DRAGO M., RAMOS J., 2016 *Tomamos la palabra: mujeres en la guerra civil salvadoreña (1980-1992)*, UCA Editores, San Salvador.
- “DIVERSIDAD sexual en El Salvador”, en *Wikipedia*, 19/11/2021, <https://es.wikipedia.org/wiki/Diversidad_sexual_en_El_Salvador#Historia_del_movimiento_LGBTI+_en_El_Salvador>.
- EHRENREICH. B., 2011, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, Turner, Madrid.
- GIL S.L., 2013, “¿Cómo hacer de la vulnerabilidad un arma para la política?” en *Periódico Diagonal*, 15/11/2021, <<https://www.diagonalperiodico.net/blogs/vidasprecarias/como-hacer-la-vulnerabilidad-arma-para-la-politica.html>>.
- GÓMEZ ARÉVALO A.P., 2018, “*Heterocity: diversidad sexual, matrimonio y masculinidades en El Salvador*”, en *Álaster*, 6, 17/11/2021, <<https://www.alastorliter>

- ario.com/articulo/heterocity-diversidad-sexual-el-salvador-orellana/>.
- GÓMEZ ARÉVALO A.P., 2017a, “¿El armario está abierto?: estudios sobre diversidad sexual en El Salvador”, en *Educação & Realidade*, 42, 4: 1375-1397. DOI: 10.1590/2175-623662013.
- GÓMEZ ARÉVALO A.P., 2017b, “Entre placeres y rebeldías: organización del movimiento de mujeres lesbianas en El Salvador”, en *Seminario Internacional Fazendo Gênero 11 & 13º Mundos de Mulheres: Transformações, conexões, deslocamentos*, Florianópolis, Brasil.
- GÓMEZ ARÉVALO A.P., 2015, “Heterocity: Masculinidades en disputa en El Salvador”, en *Polifonía*, 5, 1: 101-125.
- GREGORI R., 2007, “Amor homosexual y lésbico en el arte salvadoreño” en *El Faro*, 14/11/2021, <<https://es.scribd.com/document/393553869/Amor-Homosexual-y-Lesbico-en-El-Arte-Salvadoreno>>.
- HAN B.-C., 2012 [2010], *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona.
- HERNÁNDEZ C., 2018, *El verbo ÿ*, Laguna Libros, Bogotá.
- IRAHETA M.L., 2019, “La memoria histórica dentro del discurso político ideológico de los colectivos lésbicos”, en *Identidades*, 15: 244-255.
- KITZINGER C., WILKINSON S. y PERKINS R., 1992, “Theorizing Hetrosexuality”, *Feminism & Psychology*, 2, 3: 293-324.
- LARA MARTÍNEZ R., 2017, *Masculinidades salvadoreñas. Cuerpo, raza, etnia*, Fundación AccesArte, San Salvador.
- LARA MARTÍNEZ R., 2012, *Indígena, cuerpo y sexualidad en la literatura salvadoreña*, Editorial Universidad Don Bosco, San Salvador.
- LEYVA H.M., 2021, *Las caravanas centroamericanas. Guerras inciviles, migración y crisis del estatuto de refugiado*, Avances de Investigación CIHAC / CALAS, San José (Costa Rica).
- LINDO R., 2010, *Bello amigo, atardece...* Índole editores, San Salvador.
- LINDO R., 2004, *Injurias*, La Luna Casa y Arte, San Salvador.
- LÓPEZ SERRANO A., 2014, *Cantos para mis muchachos*, Zeugma Editores, San Salvador.
- LÓPEZ SERRANO A., 2009, *Y qué imposible no llamarte ingle*, La Cabuda Carbonera, San Salvador.
- MADRID PÉREZ A., 2018, “Vulneración y vulnerabilidad: dos términos para pensar hoy la gestión socio-política del sufrimiento”, en Solé Blanch J., Pié Balaguer A. eds., *Políticas del sufrimiento y la vulnerabilidad*, Icaria editorial, Barcelona: 55-72.
- MATUS S., 2021, Entrevista personal.
- MATUS S., s.a., “Si muriéramos ahora” “Amar a otra mujer”, “13 avenida. Nana de Sansivar” y “13 avenida. Trans”, en Borja L., “*La voz del otro: aproximación al*

- discurso homoerótico en la poesía salvadoreña”, inédito, 15/11/2021, <https://www.academia.edu/32265714/La_voz_del_otro_aproximacion_al_discurso_homoerotico_en_la_poesia_salvadorena>.
- MATUS S., 2011, “Rebeldía, transgresión, persistencia y resistencia. La lucha por los derechos humanos de las lesbianas en El Salvador”, en *La Otridad*, 22/11/2021, <<http://mujeresycambio.blogspot.com/2011/11/rebeldia-transgresion-persistencia-y.html>>.
- MATUS S., 2007, “Lesbianismo en El Salvador: mujer, identidad y discriminación”, en *Sihuehuet*, 1: 18-20.
- MATUS S. y OLIVA M., 2008, “Estrategia de las organizaciones de mujeres para la erradicación y vigencia de los derechos sexuales y derechos reproductivos en El Salvador 1995-2006”, en Fundación Nacional para el Desarrollo, *Movimiento de mujeres en El Salvador 1995-2006: Estrategias y miradas desde el feminismo*, Criterio, San Salvador: 353-436.
- MENJÍVAR D., GUZMÁN L., CUÉLLAR L., 2021, “Yo no tenía ninguna idea de qué era ser no binario, de alternativas a los extremos que se han dictaminado”, en *Alharaca*, 19/11/2021, <<https://www.alharaca.sv/series/sexo-sinverguenzas/yo-no-tenia-ninguna-idea-de-que-era-ser-no-binario/>>.
- NARANJO C. 2000, *Más allá del Parismina*, Editorial Cultural Cartaginesa, Cartago (Costa Rica).
- OLIVO M., 2021, entrevista personal.
- OLIVO M., 2021, “De aquí es que soy”, en *La Brújula. Revista digital feminista*, 10/11/2021, <https://revistalabrujula.com/2021/10/13/de-aqui-es-que-soy-por-marielos-olivo/?fbclid=IwAR1d1x3nJJw5VJ1P8Tv7LPG2BUiZ_MarHDKFTD-KmHJB7PJvhnVKaf_zpd8Q>.
- OLIVO M., s.a., “Huella poética”, manuscrito inédito.
- ORELLANA, Suárez M., 2019, *DiscrimiNaciones*, Fundación Heinrich Böll para Centroamérica, San Salvador.
- ORELLANA, Suárez M., 2011, *Heterocity*, Ediciones Lanzallamas, San José.
- ORELLANA, Suárez M., 2009, *Ciudad de Alado*, Uruk Ediciones, San José.
- “OBSERVATORIO de Violencia de género contra las mujeres”, s.a., en *ORMUSA. Organización de Mujeres Salvadoreñas por la Paz*, 22/11/2021, <<https://observatoriodeviolenciaormusa.org/>>.
- PALEVI A., 2017, “Hilando memorias: organización de mujeres lesbianas en El Salvador”, en *Estudios de Sociología*, 2, 23: 125-194.
- PERÁN M., 2015, *Indisposició general. Assaig sobre la fatiga*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona.
- QUESADA U. y CHACÓN H. (2009), “Introducción: Sexualidades en Centroaméri-

- ca”, en *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 19: 1-3. 15/07/2021, <<http://istmo.denison.edu/n19/articulos/index.html>>.
- RICH A., 1998 [1980], “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, en Navarro M., y Stimpson C.R. eds., *Sexualidad, género y roles sexuales*, FCE, Buenos Aires: 36-64.
- RODRÍGUEZ K., 2021, Entrevista personal.
- RODRÍGUEZ K., 2011, *Cárcel de mujeres*, Fundación Quino Caso/MINED, San Salvador.
- SOLÉ BLANCH J., PIÉ BALAGUER A., eds., 2018, “Introducción: Hacer posible la vida”, en *Políticas del sufrimiento y la vulnerabilidad*, Icaria editorial, Barcelona: 7-17.
- SORIANO C., 2005, *Ángeles caídos*, Editorial Lis, San Salvador.
- VÁZQUEZ N., IBÁÑEZ C., y MURGUIALDAY C., 1996, *Mujeres montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*, horas y HORAS, Madrid.
- WITTIG M., 2006 [1992], *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, Barcelona.
- WITTIG M., 1982, “La categoría sexo”, en *Feminist Issues*, 2.
- ZAMORA M., 2015, *El cuarto de los huesos*, Tripode-Audiovisual-La Sandía Digital, El Salvador-México.

Tania Pleitez Vela

taniapleitez@unimi.it
Università degli Studi di Milano

Doctora en Filología Hispánica (Universitat de Barcelona), actualmente es profesora de cultura y literatura hispanoamericana en la Università degli Studi di Milano. Autora de la biografía *Alfonsina Storni. Mi casa es el mar* (Madrid, Espasa-Calpe, 2003) y la monografía *Literatura. Análisis de situación de la expresión artística en El Salvador* (San Salvador, Fundación AccesArte, 2012). Participó en la complicación de la tetralogía *La vida escrita por las mujeres* (Barcelona, Círculo de Lectores, 2003; Lumen, 2004). Coeditora de *Teatro bajo mi piel. Poesía salvadoreña contemporánea* (San Salvador, Editorial Kalina, 2014), *Puntos de fuga. Prosa salvadoreña contemporánea* (San Salvador, Editorial Kalina, 2017), *Más allá del estrecho dudoso. Intercambios y miradas sobre Centroamérica* (Granada, Valparaíso Ediciones, 2018) y *Redes excéntricas. Poéticas y circulación transatlántica (1985-2018)* (Nueva York, Peter Lang, en prensa). Es integrante de la Red Europea de Investigaciones sobre Centroamérica (RedISCA), miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) y cofundadora de la Red de Investigación de las Literaturas de Mujeres de América Central (RILMAC).